

## Capítulo 14. Carta N°14.



Querida amiga: usted lo ha entendido perfectamente: el complejo de Edipo domina toda la vida del hombre. Pero yo no sé en verdad como satisfacer sus deseos de oír más sobre este tema. La leyenda de Edipo -como éste, de forma culpable-inocente mata a su padre y engendra incestuosamente de su madre hijos perseguidos por la desgracia- es cosa que usted ya conoce y, en caso de no ser así, puede encontrarla en cualquier colección. Que el contenido de la leyenda, a saber, una pasión encendida del hijo por la madre y un odio asesino contra el padre, es algo típico y válido para todos los hombres de todas las épocas, ya se lo dije yo a usted. Y la aplicación a su propia vida, a la mía o a la de cualquiera otra persona es cosa que usted debe hacer por sí misma. Lo único que yo puedo hacer es contarle un par de historia; quizás saque usted algún provecho de ellas. Pero no debe de ningún modo impacientarse. La vía del inconsciente es difícil de descifrar, y como usted sabe, a mí un par de errores más o menos no me importa.

Hace más de 20 años -yo era entonces un joven médico, temerario en la convicción de que nada podría fallarme- me trajeron un muchacho que padecía una extraña enfermedad de la piel llamaba esclerodermia. Como la enfermedad se extendía por una gran parte del vientre, del pecho, de los brazos y de las piernas, las autoridades de la medicina, impresionadas por la magnitud del fenómeno, lo habían desahuciado. Me hice cargo del tratamiento con alegría, según los principios que había aprendido de Schwenninger, y como después de un año había logrado poner coto a la extensión del mal empecé a sentirme casi tan importante como Dios, y a atribuir a mis esfuerzos la curación del muchacho. Vamos, lo que nosotros los médicos llama curación, pues en este caso no somos en absoluto de criterio estrecho. Se trata, en efecto, de juzgar nuestros propios éxitos. De hecho, en este caso la curación tenía aún mucho que desear. Aún haciendo caso omiso de las cicatrices que el tratamiento había originado y que usted bien conoce. Las articulaciones del codo estaban tan contraídas que no era posible llegar a estirar los brazos completamente. Por otra parte, una de las piernas era y quedó tan delgada como un bastón. Tampoco se pudo eliminar su extremada excitabilidad cardíaca, que, de vez en cuando, llevaba al corazón a latir a velocidades asombrosas y a colocar al muchacho en delicadísimos estados de angustia. A esto había que agregar los dolores de cabeza ininterrumpidos y otras afecciones de carácter nervioso. En fin, a pesar de todo, el muchacho consiguió acabar su bachillerato, fue oficial en el Ejército durante una serie de años y luego pasó a una profesión de carácter académico. De tiempo en tiempo venía a pasar unas semanas conmigo para reponerse. En todo este tiempo, debido a sus muchas molestias, estuvo bajo tratamiento con uno y otro médico hasta que se quedó con un conocido galeno berlinés, cuyo nombre a usted y a mí nos inspira respeto. Pasaron algunos años sin que yo oyese nada de él. Luego estalló la guerra y pocos meses después se me presentó de nuevo en mi consulta.

Ahora su sintomatología era muy extraña. Poco después de estallar la guerra cayó enfermo el Sr. D. -vamos a llamarlo así- con fiebre de hasta 40 grados y fuertes escalofríos. Pasó algún tiempo sin que se pudiese constatar que era lo que había detrás de todo esto. Por fin la cosa pareció aclararse. La temperatura bajaba por la mañana a menos de 36 grados, para subir por las tardes a 39 y 40. Se le analizó la sangre una, seis, doce veces a ver si tenía malaria. Ni se encontraron plasmodios ni le hicieron efecto alguno la quinina y el arsénico. Entretanto se le había examinado cuidadosamente a ver si se trataba de tuberculosis, también sin éxito, y se trajo a colación un antiguo diagnóstico que hablaba de sífilis, a cuenta de la cual hacía años se le había aplicado un tratamiento antilúético. La famosa reacción de Wassermann -ustedes sabe bien de lo que se trata- dio un resultado ambiguo, con lo cual, a fin de cuentas, se seguía sabiendo tanto como antes. Pero de repente desapareció la fiebre, el cuerpo, completamente agotado, comenzó a recuperarse, se prepararon los uniformes

y parecía que todo iba bien. El Sr. D. pudo salir de nuevo a la calle, redactó una instancia a su ministerio, que lo consideraba irremplazable, para que le permitiese tomar parte como voluntario en la campaña; se le concedió lo que pedía y, en ese mismo día, cayó otra vez enfermo con fiebre y dolores en el cuello. Los médicos que lo trataron le examinaron la boca, y encontraron úlceras en las amígdalas, en la epiglotis y en los epitelios de la garganta. Como la fiebre desapareció, pero las úlceras se extendieron aún más, aparecieron unas pústulas sospechosas y algunas glándulas tuvieron a bien inflamarse un poco, los médicos diagnosticaron una recidiva de la supuestamente superada sífilis, diagnóstico que no les puedo tomar a mal. La reacción Wasserman fue, por cierto, negativa, y siguió siéndolo, pero... Para decirlo con pocas palabras: se le aplicó salvarsán y mercurio. El resultado fue anonadador. En lugar de una mejoría, lo que apareció de nuevo fue aquella extraña fiebre del principio, acompañada de tiempo en tiempo por un estado de pérdida de conciencia total. El enfermo decaía cada vez más y, por fin, ya casi sin fuerzas, hizo que me lo trajeran a mí.

En aquel entonces yo no estaba todavía tan seguro de la dependencia del Ello que acusan también las enfermedades orgánicas. Además pensaba -sin duda guiado por alguna malévolta tendencia de mi inconsciente- que un hombre que había sido tratado por mí durante decenio y medio de una manera determinada no podía ser tratado de repente desde otros presupuestos sin que perdiese la confianza. En pocas palabras, lo seguí tratando como acostumbraba, es decir, con baños muy calientes, masajes, una dieta muy cuidada, etc. Todo esto no excluía un tratamiento psicológico, pero ello estaba concebido a la antigua, o sea, que se trataba de ayudar al enfermo en lo posible a través de la autoridad y la sugestión. De entrada le comuniqué con toda convicción y sin dejar lugar a la menor duda -pues quería eliminar de antemano toda posible oposición- que de sífilis no se podía hablar en absoluto, y luego le comuniqué al enfermo que su mal estaba relacionado con el deseo que tenía de ir al frente. El se opuso durante mucho tiempo a este supuesto, pero no tardó en conceder que ello era posible, y me contó un par de detalles de los últimos meses que me confirmaron en mi opinión.

La cosa parecía que marchaba bien; el Señor D. recuperó fuerzas, comenzó a dar sus paseos por el campo y a hablar otra vez de presentarse voluntario al ejército. Para él esto era una cosa seria. Procedía de un antiguo familia de oficiales y él mismo había sido también oficial con verdadera pasión. Un día se presentó otra vez la fiebre, fiebre del mismo estilo que antes: con bajas temperaturas por la mañana y oscilaciones que lo llevaban hasta los 40 grados por las tardes. Y, a la vez, reaparecieron aquellos extraños síntomas que exhibían todas las características de la sífilis. Se formó un acceso en el codo; luego, cuando se le curó este, otro en la pierna y, finalmente, uno en el pene. Aparecieron también llagas en el cuello y otra vez en el codo y la pierna. Mientras tanto se habían formado pústulas de color rosáceo, es decir que pasaban tales cosas que yo empecé a dudar si no sería verdaderamente sífilis. La aplicación reiterada de la reacción Wasserman, llevada a cabo en la clínica de la Universidad, daba resultados contradictorios: unas veces el resultado era claramente negativo, otras era ambiguo. La situación se extendió a lo largo de tres meses. De repente, y sin que yo fuese capaz de explicarme cómo, desapareció toda la enfermedad. El Sr. D. se recuperaba maravillosamente bien, aumentaba de peso, cogía fuerzas y todo iba bien. Lo vacuné, como estaba prescrito, contra la viruela, el cólera y el tifus, cogió sus bártulos y se despidió de mí para presentarse a la oficina de movilización que le correspondía, después de hacer un camino a pie de tres vías cruzando la Selva Negra. Pero al tercer día de camino se presentó otra vez la fiebre. El Sr. D. se volvió a consultarme por unos días, pero luego marchó a Berlín para, allí, probar fortuna con otros médicos.

En el verano de 1916, casi dieciséis meses después, volvió otra vez. Había estado largo tiempo bajo tratamiento en Berlín, desde donde lo mandaron a los baños de Aquisgrán; luego, a los de Sylt, a la montaña; a Nenndorf, y, por fin, había estado de nuevo semanas y meses enfermo en Berlín. Su estado era el mismo: ataques de fiebre, llagas, desmayos, molestias cardíacas, etcétera. Me llamó la atención que su antigua enfermedad, la esclerodermia, estaba empezando a echar pie en algunos lugares y que los síntomas neuróticos habían adquirido mayores proporciones.

Entretanto, yo mismo había sufrido una gran transformación. Durante el tiempo en que hube de prestar mis servicios en el hospital militar, tuve ocasión de observar a menudo la eficacia del psicoanálisis aplicado a la curación de heridas y enfermedades orgánicas. Mi praxis privada me había sonreído con una serie de éxitos en este sentido, aplicando una técnica que yo mismo había experimentado. En fin, que esta vez pasé

a tratar al Sr. D. firmemente decidido a no ocuparme en absoluto de terapias físicas o medicamentosas, sino a ponerme a analizarlo. El éxito llegó. Fue desapareciendo un síntoma detrás del otro. Después de medio año estuvo el Sr. D. en condiciones de marchar al frente, donde, dos meses más tarde cayó. La cuestión de si su curación habría sido duradera o no, es cosa que no puedo decidir, ya que se interpuso la muerte. Lo que mis conocimientos actuales me permiten decir es que el tratamiento fue demasiado corto y que el enfermo probablemente habría sufrido reincidencia en casos de haber vivido más tiempo. Sin embargo, estoy convencido de que, en su caso, hubiese sido posible una curación total. Pero ello es, a fin de cuentas, indiferente. Yo le cuento a usted todas estas historias no por el éxito obtenido, si no para que se haga una idea de la eficacia del complejo de Edipo.

En cuanto al tratamiento lo único que le voy a decir es que no fue nada fácil. Cada poco aparecían resistencias que unas veces tenían que ver con mi nombre, Patrik, y otras veces con el de un irlandés embustero; que ahora tomaban como pretexto mis botas de goma y luego el nudo mal hecho de una corbata. La corbata era para él un escroto flácido y caído, como se lo viera una vez a su propio padre; las botas de goma, tenían que ver con antiguos malos ratos de la infancia. Luego aprovechaba para escudarse en mi segundo nombre, Georg, que le recordaba a un personaje novelesco de Roberto el Grumete, seductor y ladrón. Y lo peor era que aparecía de vez en cuando toda una horda de Georges, todos tipos desalmados, hasta que por fin apareció el auténtico malhechor en la persona de un hombre del cual D. había recibido una bofetada durante el bachillerato sin exigirle reparación. Lo que nos llevó más tiempo, y más trabajo nos dio a él y a mí, fue una de mis antiguas muletillas; que yo usaba mucho por aquel entonces. Yo acostumbraba a repetir a menudo la palabra “sinceramente” o, también, “dicho con toda sinceridad”. D. sacaba de ello con necesidad la conclusión de que yo mentía, conclusión que, por cierto, no era nada tonta.

La resistencia del enfermo al médico es el objeto de todo tratamiento. El Ello no quiere de ningún modo curarse de antemano, por mucho que la enfermedad atormente al enfermo. Al contrario, la existencia de la enfermedad prueba, a pesar de todas las protestas, esfuerzos y lamentos del hombre consciente, que este hombre quiere estar enfermo. Esto es importante, el querer. El enfermo quiere estar enfermo y se defiende de la curación de la misma manera que, pongamos por caso, una muchacha desea con toda su alma ir a un baile pero, a la vez, se opone obstinadamente a ir. Es siempre muy útil examinar detalladamente las objeciones que presenta una resistencia tal al médico; revelan muchísimas cosas sobre el enfermo mismo. Así acontecía también con D. Los flácidos testículos y las botas de goma provocaban oposición en él, porque tenía en grado sumo el sentimiento de impotencia. El mentir, que él atacaba duramente en “Patrik” y “sinceramente”, lo aborrecía él como todas las personas honorables, pero como todas las personas honorables se engañaba a sí mismo -y a otros- sin interrupción. Con los nombres de pila tenía tantos problemas porque él mismo odiaba el suyo: “Heinrich”. Debido a eso se hacía llamar por sus íntimos “Hans”, pues algún héroe, entre sus antepasados había llevado este nombre. También en esto barruntaba él la mentira, pues un sordo sentir que procedía del Ello le decía que él no tenía nada de héroe, que su enfermedad era una criatura de su atemorizado subconsciente. Georg, finalmente, le resultaba insoportable porque, como otrora el ladrón de Roberto el Grumete -este recuerdo venía acompañado de fiebre y síntomas violentísimos- le había quitado a su padre dos medallas. La palabra medalla lo llevaba a la palabra medallón, y precisamente un medallón con la fotografía de su madre llevaba su padre, y a este medallón era a lo que en realidad se dirigía el hurto. Lo que él quería era robarle la madre al padre. Edipo.

Todavía me resta que mencionar una cosa rara. D. arrastraba consigo toda una serie de complejos que, en última instancia, tenían que ver todos con el complejo de Edipo y la idea de su impotencia. Si atacaba, durante el tratamiento, desde algún lado el complejo de Edipo, entonces aparecía la fiebre; se acercaba uno demasiado a la impotencia, en ese momento aparecían los síntomas de la sífilis. D. me lo explicó de la siguiente manera: “mi madre, con el correr del tiempo, llegó a serme totalmente indiferente. Esto me avergüenza y trato lo más a menudo posible de hacer un esfuerzo y pensar en ella, de darle otra vez llama al rescoldo. Y como no lo consigo espiritualmente, resulta que entonces aparece el calor corporal, la fiebre. Toda la culpa de mi impotencia se la atribuyó a mi padre, que era ya viejo cuando me engendró, según mi opinión demasiado viejo. Y como no puedo castigar personalmente a mi padre, que hace ya mucho tiempo

que murió, lo castigo en lo que representa, en la figura del progenitor, en aquello que engendra, en mis propios órganos genitales. Esto tiene la ventaja de que yo me castigo a mí mismo por la mentira, pues no mi padre, sino yo mismo cargo con la culpa de la impotencia. Y, finalmente, un sifilítico puede permitirse el lujo de ser impotente. Es bueno para él y para las mujeres”. Como usted ve, a D. no le faltaban inspiraciones del demonio. Esto es lo que siempre me gusto de él.

Y ahora el complejo de Edipo. En primer plano, la pasión por la madre. La masa de los detalles la dejó a un lado. Como prueba le ofrecí a usted el hurto de las medallas, que, simbólicamente, no representa sino el rapto de la madre. En lugar de pequeños rasgos voy a escoger algo que le demostrará a usted los profundos efectos del Ello. En primer lugar está la enfermedad continua y prolongada de D., que de tiempo en tiempo degeneraba en manifestaciones verdaderamente graves. El enfermo necesita cuidados, el enfermo se obliga a sí mismo a cuidarse. Todo caer enfermo es una repetición de una situación de lactante, brota de la nostalgia por la madre. Todo enfermo es un niño, todo hombre que se hace cargo de un enfermo es su madre. El ser enfermizo, la frecuencia y duración de las enfermedades son una prueba de lo muchísimo que depende el hombre de la imagen materna. En la mayor parte de los casos puede usted incluso seguir sacando conclusiones sin peligro equivocarse: si alguien se pone enfermo lo probable es que, a máxima cercanía temporal del comienzo de la enfermedad, hubo un recuerdo extraordinariamente fuerte de la imagen materna, de la imagen de las primeras semanas de lactante. Es más, ni siquiera me arredro a colocar aquí la palabra “siempre”. Siempre es así. Y no hay nada que demuestre de manera más patente la pasión que alguien puede abrigar por su madre, por su dependencia de ella y del complejo de Edipo, que el hecho de ser un tipo enfermizo.

Esta pasión ha engendrado en D. además una cosa que no es raro de observar. El amo y señor de la madre es el padre. Por eso, sí el hijo quiere convertirse en dueño, señor y amante de la madre, ha de hacerse semejante al padre. Este es el caso de D. Al principio -yo he visto fotografías de él cuando era niño- no se podía decir que se pareciese al padre, y su manera de ser, a decir de la madre, tampoco tenía nada de común con él. A la edad de 20 años, cuando yo conocí al enfermo, se podía observar de año en año cómo poco a poco iba teniendo lugar esta asimilación al padre en gestos, posturas, costumbres, en el rostro y en la constitución corporal, y hasta en la manera de ser y pensar. No es que se cambiase su Ello, sino que más bien se formó otro Ello de la superficie que sólo dejaba muy de vez en cuando ver el auténtico núcleo de su personalidad, y este nuevo Ello desapareció -y aquí tenemos la prueba de su existencia- cuando la curación fue progresando. El auténtico D. reapareció de nuevo. La manera más clara en que se pudo apreciar la asimilación a su padre fue el rápido envejecer del señor D. Ya con 30 años tenía el pelo completamente blanco. Yo mismo pude observar varias veces cómo este encanecimiento de su pelo en aras de la semejanza con su padre tenía lugar y volvía a otra vez a la normalidad. En lo que hubiera quedado no lo sé. Murió demasiado pronto.

Una tercera característica de ligazón a la imagen materna era la impotencia. Cuando un hombre padece impotencia la primera pregunta es siempre: ¿Cual es la situación de este hombre con relación a su madre? D. tenía la típica y característica forma de impotencia tal como la ha descrito Freud. Para él las mujeres se dividían en dos: damas y putas. Frente a las damas, es decir, frente a la madre, era impotente. Con las putas, sin embargo, si podía realizar el comercio carnal. Pero la imagen de la madre operaba en él con muchísima fuerza, y así su Ello, para liberarse de todo posible peligro de incesto, incluso en la figura de puta, se inventó el contagio sifilítico. Que alguien, bajo la presión del complejo de Edipo, se coja una infección con alguna furcia, eso lo he visto muy a menudo. Pero que el Ello se invente su contagio y nos dé la lata durante años con síntomas de sífilis y gonorrea es una cosa que parece ser mucho más rara. Hasta el presente sólo me he encontrado dos veces con este caso: en D. y en una mujer.

Sigamos. Los comienzos de la enfermedad -los primeros síntomas hay que tenerlos siempre muy en cuenta, pues delatan muchas de las intenciones del Ello- los comienzos de la enfermedad, decía, los constituyó la esclerodermia de la pierna izquierda, esclerodermia que luego se extendió al brazo derecho. Lo que pasa con la pierna izquierda me lo dice a mí mi loco lenguaje, un lenguaje que se está verificando como exacto; este hombre desearía ir por un camino malo, de la izquierda, siniestro, pero su Ello no se lo permite. Si el que enferma es el brazo derecho, el significado es: este brazo derecho quiere hacer algo de lo cual el Ello se escandaliza, por eso se le paraliza. Al grano. Poco antes de que la pierna izquierda empezase a mostrar los primeros síntomas

de la enfermedad, aconteció un hecho relevante: la madre de D. quedó encinta. Él tenía entonces quince años, y asegura que no notó el embarazo en absoluto. Esto es una señal manifiesta de que profundas conmociones de su espíritu lo obligaron a reprimir. Esta lucha por reprimir la impresión del embarazo materno tiene lugar precisamente en plena revolución pubertal y se asocia a la represión de un segundo conflicto sexual. Pues así como afirmaba el enfermo que el nacimiento de su hermano lo sorprendió totalmente, así afirmaba también que él, por aquella época, no tenía ni los más remotos conocimientos sexuales. Ambas cosas son imposibles. La última de ellas porque el muchacho tenía conejos y se pasaba horas enteras contemplando los juegos sexuales de los mismos. La primera porque el mismo pronto se dio cuenta de que, ya durante el embarazo, se había apoderado de él la idea del asesinato, de la cual hablaremos en seguida. De la idea de eliminar a su tardío hermano se puede concluir a la extensión de la esclerodermia a su brazo derecho. El pensamiento que nos lleva a matar a las personas que nos son desagradables es un pensamiento que tenemos todos nosotros y que nos acompaña durante toda la vida. En circunstancias desfavorables, el deseo y el horror a matar son tan grandes que el Ello se decide por paralizar el brazo derecho, el instrumento asesino del hombre. Creo que ya le explique a usted por qué estas ideas están tan extendidas, pero para su provecho y utilidad se lo voy a repetir: el niño aprende lo que es la muerte en el juego. El niño hace como que dispara o clava a la persona mayor, está cae, se hace el muerto y resucita unos segundos después. ¿No resulta extraño el ver cómo el Ello del alma del niño se las arregla para darle a los problemas más serios de la vida la apariencia de naderías, de bromas, como es, por ejemplo, el hacer de la muerte un pasatiempo? ¿y es de extraño que esta impresión de la muerte, alegre y bromeante, asociada a los momentos más felices de la infancia y seguida de un rápido revivir, se grave profundamente en el alma del niño y espere allí a posibles utilizaciones ulteriores? Para acabar: las afecciones que tuvieron por objeto primero la pierna y luego el brazo tienen su base y fundamento en luchas de carácter sexual que caen dentro del campo del erotismo materno-filial.

Y ahora llegó a la parte más extraña de toda esta extraña enfermedad, o sea, el arte y manera de cómo se originó la idea de la sífilis del complejo materno y cómo, debido precisamente a este origen, pudo llegar a ser tan poderosa, a sacar a luz siempre de nuevo síntomas sifilíticos y presentarlos de tal manera que engañaron a todos los médicos, yo incluido. Le pregunté a D., si sabía quién lo había contagiado. “Yo no sé si estoy contagiado -dijo-; lo supongo”. “¿Y por qué lo supone?” “Porque me acosté una vez con una mujer que llevaba un velo”. Y al verme cara de escepticismo, agregó en seguida: “Todas las putas callejeras que llevan velo son sifilíticas”. La noticia para mí era nueva; comprendí, sin embargo, que la idea no era tonta, y por eso seguí preguntando: “¿Así que usted cree que ha sido contagiado por esa mujer?”. “Sí -y agregó enseguida-: No sé, no sé ni siquiera si me ha contagiado o no. Después es imposible, pues no me he vuelto a acostar con ninguna mujer. Al día siguiente me entró miedo, fui al médico y le dije que me examinase. Me dijo que volviera al cabo de algunos días; volví y me dijo lo mismo, y así seguimos durante un tiempo, hasta que, medio riendo medio hoscamente, me dijo que no tenía nada, que no se podía hablar de contagio y que yo estaba perfectamente sano. Desde entonces me han vuelto a examinar muchísimos médicos. Ninguna ha encontrado nada”. “Pero -le dije yo- usted, antes de que se presentase su última enfermedad con ocasión de la guerra, había recibido un tratamiento antilúético”. “Sí, porque yo lo exigí. Yo creía que mis dolores de cabeza, la enfermedad de mi pierna, de mis brazos, no se debían sino a la sífilis. He leído todo lo que se ha escrito sobre esclerodermia y muchos relacionan esta enfermedad con la sífilis”. “Pero usted tenía, cuando la enfermedad apareció, quince años recién cumplidos”. “Con sífilis heredada -me interrumpió-. Jamás pensé seriamente que yo hubiese podido contagiarme; lo que yo creía es que mi padre había sido sifilítico”. Guardó silencio por un momento y luego continuó: “Si mal no recuerdo, la mujer de que le hablé no llevaba velo alguno. Al contrario, me consta con seguridad que no tenía la menor mancha en todo el cuerpo. La desnude completamente, tuve la luz encendida durante toda la noche, la vi desnuda delante del espejo, leí su cartilla de control<sup>(1)</sup>, es decir, que es imposible que estuviese enferma. El caso es que yo tenía un miedo atroz a padecer sífilis hereditaria. Por eso fui al médico, le conté la mentira del velo, pues no quería decirle las sospechas que abrigaba al respecto contra mi padre, y conté tantas veces la historia que yo mismo acabe

---

1.- Führungsbuch, la cartilla de control de toda prostituta [N del T].

por creérmela. Pero ahora, después de todo este análisis, me consta que nunca tuve a la mujer por sifilítica y que no llevaba velo alguno”.

Todo esto me resulto muy extraño, lo mismo que, con toda probabilidad, le estará pasando a usted. Yo quería y esperaba aclarar aún más las cosas, y, por eso, le pregunté a D., qué era lo que se le ocurría al oír la palabra velo. En lugar de una respuesta, me dio en seguida dos: “El velo de la viuda y la Madonna con el velo de Rafael”. A base de estas dos ocurrencias se originó todo un juego de asociaciones que se extendió a lo largo de dos semanas. Le comunico brevemente el resultado.

El velo de la viuda nos llevó inmediatamente a la muerte del padre y al vestido de luto de su madre. Resultó que de, a lo largo de sus luchas por reprimir sus incestuosos deseos, acabó identificando a la madre con la puta, que su fantasía le colocó el velo negro a la mujer y la hizo sifilítica porque su inconsciente creía acabar de esta manera mucho más fácilmente con la pasión incestuosa. La madre debía y tenía que desaparecer de su erotismo; quien tenía sífilis no podía ser deseado; por consiguiente la madre debería estar sifilítica. Pero esto no era posible -luego veremos porque-; así pues, era necesario encontrar a alguien que ocupase su lugar y esto resultaba fácil con la ayuda de la asociación del velo. Para fortalecer la defensa se elaboró el pensamiento de que el padre estaba sifilítico.

A cualquiera le resulta comprensible que el enfermo retrocediese ante el pensamiento de considerar sifilítica a su madre. Pero en el caso de D., hay que agregarle a esto una idea que toma cuerpo ligada a la asociación de la Madonna con el velo. Esta asociación coloca a la madre en un lugar elevado e inaccesible, le otorga los atributos de la Inmaculada, elimina con ello totalmente al padre del terreno de juego. Además, tiene otra ventaja: a él mismo le permite sentirse nacido de madre virginal y considerarse de origen divino. El inconsciente trabaja con medios que nos desconciertan. Con el fin de reprimir el deseo incestuoso consigue elevar a la madre a la categoría divina y en el mismo momento la rebaja a la condición de puta sifilítica. Aquí tiene, si usted quiere, una confirmación de lo que yo siempre he tratado hacerle creer a usted, a saber, que no nos arredramos ante la idea de atribuirnos a nosotros mismos origen divino, que para nosotros propiamente el padre es Dios Padre y la madre la Madre de Dios. No hay nada que hacer, el hombre está hecho de tal modo que cree estas cosas, y aun cuando toda la religión católica con la Virgen María y el Niño Dios llegase a desaparecer y no quedase rastro ni recuerdo de ella, no por ello iba a dejar de aparecer mañana un nuevo mito en que, otra vez, habría de tener lugar la unión de Dios con el hombre y volvería a nacer el hijo de Dios. Las religiones son creaciones del Ello, y el Ello del niño ni está en condiciones de poder soportar el pensamiento del comercio carnal entre padre y madre, ni podrá renunciar a la maniobra de beatificar a la madre en su lucha contra la inclinación del incesto. Y tampoco podrá -Ferenczi nos lo ha enseñado- prescindir de la idea de ser igual a Dios, ya que está acostumbrado a sentirse omnipotente desde el vientre de la madre.

Las religiones son creaciones del Ello. Mire usted a la cruz con sus brazos extendidos y me dará la razón. El Hijo de Dios cuelga de ella y en ella muere. La cruz es la madre, y en nuestra madre morimos todos nosotros. Edipo, Edipo. Pero observe usted bien: si la cruz es la madre, entonces los clavos, que taladran al hijo, la alcanzan también a ésta en su carne, sufre el mismo dolor, los mismos padecimientos que el hijo. Y ella soporta sobre sus fuertes brazos de madre los dolores del hijo, siente su muerte y la siente con él. Madre e hijo, en estas dos palabras está condensado todo el dolor del mundo, todas las lágrimas y todos los lamentos. Y el agradecimiento que la espera a la madre son las duras palabras: “Mujer, ¿que tengo yo que ver contigo?” Es destino humano el que ello sea así, y ninguna madre se encoleriza porque su hijo la rechace. Así debe ser.

En la historia clínica de D., hay todavía un conflicto más profundo, muy humano y muy común, que se alimenta de una de sus raíces del complejo de Edipo y éste es el problema de la homosexualidad. Me decía que cuando estaba bebido se dedicaba a recorrer las calles de Berlín en busca de pederastas y que, fuese quien fuese y lo encontrase donde lo encontrase, lo golpeaba hasta casi dejarlo muerto. Esto era lo que me contaba por una parte. *In Vino veritas*. Esta narración sólo resulta comprensible si se la une a la segunda, que tuvo lugar unas semanas después. Un día me encontré al enfermo presa de una fiebre muy alta y se puso a contarme que la tarde anterior había salido a dar un paseo por el bosque, y que allí le había sobrevenido de repente la idea de que unos vagabundos iban a caer sobre él, amordazarle y abusar de su ano, para luego atarlo a un árbol con el trasero desnudo y ultrajado. Agregó que esto era una fantasía muy corriente en él,

a la que, siempre le seguía la fiebre. Donde hay temor hay deseo, no cabe la menor duda. El odio, con que D., perseguía a los pederastas cuando estaba bajo los influjos del alcohol no es más que homosexualidad reprimida; la fantasía tampoco es otra cosa, y lo alto de la fiebre nos permite calibrar qué fuego es el del deseo homosexual que le abraza. Otro día volveré sobre el tema de la homosexualidad. Aquí quisiera solamente decir que entre las muchas causas que pueden llevar a este fenómeno, una que jamás se puede pasar por alto es la represión del deseo incestuoso hacia la madre. El hombre libra una batalla muy dura para deshacerse del erotismo para con la madre, y no es de extrañar que, si resulta que en esta lucha todas las tendencias conscientes hacia el sexo femenino son arrastradas juntamente con la pasión por la madre hacia el abismo de la represión, no es de extrañar, digo, que para éste y aquel, la mujer caiga totalmente fuera de su campo sexual. En el caso del señor D., que tiene miedo a ser víctima de una violación homosexual, aparece con toda claridad todavía otra causa de la tendencia hacia el propio sexo y que él ha reprimido, a saber la inclinación por su propio padre. Pues su temor sólo se explica por el hecho de haber abrigado en su corazón el cálido deseo de ser mujer, de ser la mujer de su padre. Piense usted, querida amiga, en la procedencia de las perversiones y no juzgará tan duramente.

Y con esto he llegado a la segunda parte del complejo de Edipo, a saber, a las relaciones de D., con su padre. Llegado a este punto, tengo que llamar enseguida la atención sobre algo que es característico de muchos hombres. D., estaba plenamente convencido de que para él no había cosa más grande, más venerable, más amada que su padre, mientras que a su madre no hacía sí no ponerle faltas y no era capaz de pasar con ella poco más de algunas horas. Por cierto, su padre estaba muerto y su madre vivía, y es muy difícil divinizar a muertos. Fuese como fuese, el caso es que D., creía que amaba su padre con todas sus fuerzas. Su vida había reprimido el odio contra su padre. Tampoco quiero discutir que él amase tiernamente a este padre, pues, a fin de cuentas, su complejo homosexual y su asimilación al padre lo demuestran. Pero lo odiaba a la vez con la misma fuerza y, ante todo al comienzo de su enfermedad, existía un vivo conflicto entre amor y aversión.

Selecciono dos recuerdos de aquel tiempo de los varios que consiguieron soltarse, durante el análisis, de las cadenas de la represión. Uno de ellos dice que D., durante el tiempo del susodicho embarazo de su madre, adquirió la costumbre de ponerse, durante horas enteras, a la espera de ratas a la salida de una alcantarilla, con el fin de disparar y matarlas. Juegos de niños, piensa usted. En efecto, pero ¿por qué les gusta tanto disparar a los niños y porque dispara D., contra ratas que salen de la alcantarilla? El disparar es el incontenible impulso sexual de la pubertad que sale por sus fueros en esta acción simbólica. La rata, por su parte, simboliza el órgano genital de su padre, al cual mata precisamente en el momento en que sale de la alcantarilla; es decir, de la vagina materna. No, no es una interpretación mía. Procede de D., pero para mí que es correcta. Igualmente correcto me parece la otra interpretación que dio. Según ella, la alcantarilla es de nuevo la vagina de la madre, pero la rata es ahora el niño que ella espera. Junto al deseo de castrar al padre -pues este sentido tiene el matar la rata- se introduce el deseo de asesinar a su hermano, al niño que va a nacer. Ambas ideas son transformadas por poderes reprimidos en formas simbólicas. Y luego resulta que interviene el destino en estas luchas subterráneas y hace que el recién nacido muera a las pocas semanas. Ahora ya tiene la conciencia de culpa, ese terrible e inseparable compañero del hombre, un objeto: el asesinato del hermano. Usted no va a creer, queridísima amiga lo cómodo que es para la represión encontrar una culpa un poco mayor. Detrás de ellas es posible ocultar todo y, de hecho, detrás de ella todo se oculta. D., ha aprovechado brevemente esta absurda historia para engañarse a sí mismo. Y, como es propio de la naturaleza humana el hacer cargar a otros con las culpas propias, desde la muerte de su hermano D. no fue ya más a cazar ratas. Se dedicó a disparar contra los gatos, imágenes de su madre. Los caminos del Ello son muy extraños.

Del todo no le fue posible a D., cubrir el deseo de castración de su padre con el asesinato de su hermano. Esto lo demuestra un segundo recuerdo. Ya le conté a usted que por la época en que se generaban estos conflictos D., se dedicaba a la cría de conejos. Entre estos animales había un macho que era blanco como la nieve. Con este conejo puso D., en escena un extraño teatro. A todos los machos les permitía cubrir a sus hembras -pues le gustaba ver como lo hacían- menos a éste. Se dejaba, sin embargo, llevar de la pasión y lo hacía... Entonces lo cogía D., por las orejas, lo ataba, lo colgaba de una viga y lo azotaba con el látigo hasta que no podía más. Esto lo hacía con el brazo derecho, el brazo que primero fue atacado por la

enfermedad, y la enfermedad apareció precisamente entonces. Este recuerdo logró aflorar a la conciencia ante la resistencia más insospechada. Tocando el tema, el enfermo rehuía inmediatamente la cuestión y aparecían toda una colección de síntomas de gravedad. Uno de ellos era especialmente significativo: los puntos del codo derecho, afectados por la esclerodermia, se agravaron a ojos vistas. El día en que el recuerdo logró salir a la conciencia desaparecieron y curaron las heridas de la articulación del codo. Curaron de una manera tan total y completa que, desde aquel día, podía volver a extender y doblar el brazo sin la menor dificultad, cosa que no habían conseguido todos los tratamientos aplicados durante dos decenios. Y, además, no sentía el menor dolor.

Casi olvidó lo más importante. Aquel macho blanco al que se trataba de mantener alejado de todo gozo carnal y que se le daban latigazos cuando no se sometía ocupaba el lugar del padre. ¿O lo había usted ya adivinado?

¿Está usted cansada? Un poco de paciencia. Sólo faltan ya un par de pinceladas y el retrato estará completo. Dentro del marco del odio al padre hay un rasgo que usted conoce de Freud, pues la historia de D., presenta alguna semejanza con la narración del hombre de las ratas de Freud. D., era una persona creyente, casi se puede decir creyente a pies juntillas, pero se las entendía mejor con Dios Padre que con Dios Hijo y le rezaba todos los días a esa divinidad creada por él mismo a base de su imagen paterna. Pero, mientras rezaba, le venían a la mente injurias, maldiciones, blasfemias terribles. El odio contra el padre salió así por sus fueros. Léalo usted otra vez en Freud. Yo no creo que añada nada nuevo y podría estropear lo viejo.

Tengo que agregar todavía algunas cosillas al asunto de los conejos. D., le había puesto al macho blanco de la historia el nombre de Hans. Como usted sabe, éste es el nombre que él deseaba para sí mismo. Así pues, cuando azotaba con el látigo al blanco animalito, azotaba su padre, pero también se azotaba a sí mismo, o mejor, a su Hans, el Hans que le colgaba de entre las piernas (...) Yo no sé si es verdad, pero un inglés me ha contado que en su país al instrumento sexual lo llaman St. John, y en Francia debe pasar algo parecido. Pero esto no tiene nada que ver con la cosa en sí. De todas formas, D., pensaba en su propio rabo cuando le puso el conejo el nombre de Hans, y cuando lo azotaba lo hacía para castigarlo por sus masturbaciones. Sí. Sí, masturbaciones. ¿Extraño?

Voy a acabar; quiero decir que ya no tengo nada importante más que agregar. El que haya dejado de lado lo más importante, los recuerdos de la infancia, se debe únicamente a que no me son conocidos, o los conozco sólo muy someramente. En este mí desconocimiento basaba yo el aserto de que D., probablemente hubiera reincidido en su enfermedad en caso de haber seguido viviendo. El análisis llevado a cabo no era, ni mucho menos, completo.

Como nota final, voy a darle, al menos, una de las razones por las cuales D., temía la guerra, aunque, por otra parte, suspiraba por ella. Le perseguía la idea de que le meterían un tiro por cada uno de sus ojos. Para mí esto es la prueba -esto lo sacó de mis experiencias con soldados- de que había visto a su madre desnuda en una época en la que era consciente del pecado inherente a ello. El pueblo dice que quien ve a su madre desnuda acaba perdiendo la vista. Y Edipo se sacó los ojos. Le saludó cariñosamente, quedando siempre suyo.

PATRIK TROLL

*Volver a Publicaciones de Groddeck*